

# EDITORIAL

## PANAMERICANISMO Y MUSICA

Los tiempos que corren son de asociaciones internacionales; las hay en todo, desde lo político a lo económico (palanca fundamental de este siglo), hasta lo científico, lo religioso, lo deportivo y por cierto que en lo artístico son ya fenómeno corriente el que haya congresos, conferencias, "rencontres", festivales, exposiciones, "symposiums", reuniones de expertos, en fin, toda la gama creada en la jerga "unesquiana" desde que la UNESCO se ha responsabilizado en gran escala de tales eventos. Nuestra universalidad cotidiana de información, la ubicuidad potencial que nos facilitan los modernísimos medios de transporte, la omnipresencia que acarrearán radio y televisión, hacen que las fronteras tan celosamente custodiadas por los pactos y combinaciones militares, sean a cada paso saltadas como si fueran lindes de casa particular, en beneficio de un anhelo común de acercamiento y fraternidad que podría a justo título denominarse gremial. Este deseo de comunidad supera aun las grandes rivalidades del día, y los que no somos parte directa en la trágica pugna, vemos con asombro cómo se estiman y celebran recíprocamente las embajadas artísticas que, por encima de las cortinas erizadas de peligros atómicos, intercambian las potencias que uno ve a diario yendo entre sí a deshacerse y a terminar en una hecatombe general de proporciones cósmicas.

La música no falta en este cuadro complicado de redes internacionales y nuestro hemisferio viene desde hace ya largo tiempo sintiendo la urgencia del acercamiento en los variados campos de la vida musical. El prospecto que acompañó al último Festival Interamericano celebrado en Washington, señala una serie de hechos que, a partir de 1932, encadenan iniciativas de mayor o menor escala en que la música de esta parte del mundo se ha presentado con su panorama completo. La lista es aún mayor que la que consigna el catálogo aludido, que en el fondo reconoce sólo los grandes hechos comenzados en el 1 Festival de Caracas, en 1954, sin duda alguna memorable por su índole, por su generosidad y por los lazos de amistad que estableció entre el grupo más granado de compositores latinoamericanos y de éstos con algunos procedentes de América del Norte. A los dos festivales de Venezuela (1954-1957), y a los

dos, también, celebrados en la capital de los EE. UU. (1958 y 1961), habría que añadir los de Bogotá y de Santiago de Chile, realizados para los IV centenarios de estas ciudades, y además algunos ciclos panamericanos de conciertos habidos en Buenos Aires y el excelente Festival de Montevideo de 1957, circunscrito en especial a la música de cámara. Hay, pues, como para hablar ya de una corriente en marcha.

Sin embargo, frente a tales síntomas promisorios, que revelan deseos comunes y posibilidades, existen vacíos e incógnitas que aún no se llenan ni se resuelven: los festivales anotados siguen siendo hechos casuales, dependientes de circunstancias, y más que de éstas del fervor de determinados hombres que los impulsan (el Dr. Palacios en Caracas y Guillermo Espinosa en Washington); tampoco está claro que los torneos musicales hayan realizado un acercamiento hemisférico y en el hecho éstos han sido en inmensa proporción latinoamericanos y, finalmente, la resonancia internacional y su proyección europea o norteamericana han sido pobrísimas en el mundo musical de hoy. Seguimos casi tan ignorados y mal entendidos como antes.

El primer punto, el de la sistematización de los festivales, que pareció resuelta en Caracas con la fundación de la desdichada "Asociación Interamericana de Música", de tan ilusoria existencia, sigue hoy donde estaba. La entidad aludida, constituida en forma solemnísimamente en 1954, con una Carta Magna que se nos distribuyó en copias fotostáticas, que son hoy día documento memorable, no funcionó jamás; ni aun pese a la nueva asamblea realizada durante el II Festival caraqueño y a las promesas formales que sus organizadores hicieron de pasar a ser ellos los impulsores de un movimiento fraternal. ¿Qué ocurrió? ¿Por qué todo esto se deshizo en humo y nada se supo de su directiva, que ni siquiera las cartas contestaba? Dos razones hubo para ello: Venezuela no era ciertamente el centro adecuado; tenía recursos, pero nada más, y eso con ser muy importante, no es todo; faltaba en Caracas la base nacional del Festival; éste era más empresa de mecenas aficionados que de músicos expertos y sin oír sugerencias ni averiguar procedimientos, querían ellos inventar lo ya inventado y probado de sobra. Los festivales de Caracas, magníficos en su generosidad y espíritu, estaban divorciados de su propio país y, con excepción del Concurso Latinoamericano de Composición de 1957, se realizaron en medio de una abismante improvisación. A esto se agregó la segunda condición negativa: la rivalidad del norte, que halló su expresión en la Unión Panamericana. El festival latinoamericano fue tildado de divisionista (¡y aun se le supuso órgano comunista!) y una muy

desatinada acción llegó hasta notificar al Dr. Palacios que debía disolver la Asociación Interamericana de Música que presidía, por ser ésta innecesaria después de la fundación del Centro Interamericano de Música (CIDEM). Además de no haber mucha consistencia en Venezuela, estos céfiros echaron todo por tierra, y hoy se afirma que no habrá más torneos en la acogedora y generosa Caracas.

El turno pasó, pues, a Washington y allí el CIDEM, cobijado a la vera de la Unión Panamericana (OEA), montó los dos festivales realizados y ya aludidos más arriba. Musicalmente estos ciclos de conciertos fueron mejor organizados y más serios que los de Venezuela, con una buena cantidad de obras encargadas, como se estila en Norteamérica, y el segundo festival mejor que el precedente. Como generosidad, en cambio, fueron pobrísimos: en el país más rico de la tierra no hay un centavo que la música pueda decir que es suyo; hay que salir a buscar los dólares y esto es empresa ardua, porque como nadie tiene obligación de darlos, son dólares díscolos que faltan a última hora y obligan a cancelar conciertos, como sucedió en abril último con el dedicado al Brasil, o causan la absurda mutilación de obras (el concierto para piano y orquesta de Gustavo Becerra). La continuación de estos festivales de Washington, a menos que se produzca el milagro de que los EE. UU. den la espalda a las tradiciones cuáqueras de abstención gubernamental en materias culturales (abstención tan útil al comercio), es algo que no puede asegurarse y depende de la diligencia de personas, de individuos que mañana pueden desanimarse, lo que no es un ideal para el anhelo común de lo que en el norte se denomina "las Américas". Seguimos, pues, dentro de un mundo contingente e inseguro; no se ha hallado la cabeza que pueda tomar técnica, financiera y espiritualmente sobre sí la tarea de reunirnos y de hacerlo con regularidad y con sentido humano, porque estas faenas no sólo significan organizar conciertos y seleccionar compositores, sino que acercarlos y obviar así los inconvenientes de nuestra dispersión en el inmenso territorio geográfico americano.

Con lo dicho queda también esbozado el segundo punto mencionado antes: ¿deben los festivales ser interamericanos o sólo latinoamericanos? Teóricamente, habrían de ser totales de este hemisferio; eso es lo justo y lo conveniente, si miramos que toda América ha sufrido por igual lo que nuestro prócer de la Independencia, don José Antonio de Rojas llamaba "el pecado geográfico", el segundo pecado original de quienes nacen en el Nuevo Mundo, añadido al de Adán. Pero las cosas son de otro modo. Norteamérica o mejor dicho, los EE. UU. (Canadá es un recién

llegado al sistema interamericano), constituyen un mundo aparte, enorme, pobladísimo, con una vida musical repartida e intensa, estructurada en complicadas redes y fisonomía de empresas. EE. UU. tiene ya de sobra con sus propios asuntos y con tener que labrarse una situación mundial, para que le interese asumir la tarea de reunirnos y menos de respaldarnos ante el resto del mundo. Además, y de esto no hay duda alguna, no somos siquiera distinguidos los unos de los otros en los EE. UU.; todo lo de "south of Rio Grande" da lo mismo y sólo nuestros defectos son generalizados para caracterizarnos. El sambenito de subdesarrollo que nos ha achacado la evaluación puramente económica de nuestro tiempo nos alcanza hasta en el arte. Agréguese a ello lo ya dicho en el sentido de no haber en los EE. UU. cabeza responsable de la cultura ni nadie que, en un terreno como los festivales que linda con las personas jurídicas de los estados, pueda hablar y pactar en nombre de la nación. La ingerencia federal en el arte es rechazada de plano porque se la tiene como necesariamente contaminada de partidismo político.

Las consecuencias las hemos visto en las modestísimas participaciones de los norteamericanos en los festivales realizados. Mientras los latinoamericanos, cada vez que pudieron, concurren con sus mejores armas, con sus trajes de gala a algo para ellos importante, los compositores de EE. UU., muy pocos y como por fuerza, se dignaron tomar alguna participación y con obras que no representan la calidad excelente de la música contemporánea que allí se escribe. Simplemente, no tienen interés por torneos en que aparecen revueltos con músicos que, en el fondo de sus corazones, miran en menos y no entienden. En el último Festival de Washington se dio aun el caso de la inconcebible intervención del director del Conservatorio de Rochester, el Dr. Howard Hanson, compositor y presidente del National Music Council, que censuró la música contemporánea en un festival precisamente dedicado a ella y nos endosó un inoportuno y prepotente sermón estético que mereció acres censuras de la prensa de Washington y New York y fue tildado de ofensivo hacia nosotros.

Para los latinoamericanos existe necesidad y utilidad en el acercamiento, no así para los norteamericanos, que bien pueden ignorarnos sin consecuencias. Esto es un hecho, que no indica ni mejor ni peor, pero que es así: además, el mundo de nuestros países hermanos no está todo en igual grado de desenvolvimiento musical, el ejemplo de unos puede ser útil a otros; uniéndose, apoyándose, los compositores de América Latina pueden presentar un frente común en el campo inter-

nacional que siente hacia nosotros únicamente una curiosidad casi zoológica, que busca sólo exotismos, diversión.

Aparte de esto, la fisonomía estatal latinoamericana, análoga a la que presentan Italia, Francia o España, nos hace fáciles los convenios y el que dentro de lo que de ellos se derive, pese a cualquier política, se incluyan los mejores valores musicales de los países. ¿Con quién se trata en cambio en los EE. UU.? ¿Quién canaliza sus aportes artísticos? Nadie y todos a un tiempo. Hay que ir a mil partes a la vez, mendigar en las "foundations", hacer la corte a gente de dinero por lo general no entendida en música, porque los músicos de verdad no tienen la última palabra en sus asuntos. Entre nosotros suele suceder lo contrario.

Ahora, por lo que respecta al tercer punto anotado al comenzar, esto es la resonancia de los festivales interamericanos o latinoamericanos, ella ha sido muy pobre. Aparte de la prensa y de la crítica periodística, que ya sabemos es mal ejercida, caprichosa y superficial, las revistas serias no han concedido importancia a nuestros festivales. Baste mirar, por ejemplo, el "Musical Quarterly", la revista de mayor rango de los EE. UU.: ni una sola palabra ha dicho en su "current chronicle" acerca del festival de abril. ¿Tan pobre era nuestra contribución como para esto? Bien pudo hacerse un comentario, bueno o malo. La prensa misma de New York, el "New York Times", insertó reseñas de algunos conciertos y luego el festival enmudeció en las secciones musicales que todo el mundo lee. Los diarios de Washington no tienen peso ni autoridad fuera del District of Columbia. Los festivales de continuar haciéndose en los EE. UU. deben realizarse en New York, que, quierámoslo o no, es la capital musical del país; si no se logra, que sean en Chicago, Filadelfia, San Francisco u otra de las capitales musicales secundarias. Washington es un error, además un error diplomático: nosotros no concebimos la prescindencia absoluta de las autoridades nacionales frente a un hecho de cultura que compromete el prestigio del país, aunque se nos explique cien veces que este país no reconoce jerarquía oficial al arte. Resulta demasiado chocante el contraste con nuestros usos, con nuestra cortesía, con lo que vemos que ocurre en Europa, donde los grandes festivales internacionales se ven solemnizados con la presencia de los poderes públicos, entendiéndolo en ello un reconocimiento de rango, una muestra del aprecio nacional hacia la cultura. La originalísima entidad de señoras archiconservadoras, llamada "Daughters of the Revolution" (¡la de 1776!), ocupó en Washington el Constitution Hall, la sede oficial de los conciertos (diríamos aquí el Teatro Municipal), en los mismos días del Festival y éste, con beneficio

evidente para la música, pero no para su prestigio a los ojos segregacionistas del país, debió hacerse en los extramuros de la ciudad y en una Universidad negra. Esto, por cierto, no dejó de ser señalado por un crítico y deplorado. Caracas, Montevideo, México, Santiago, Bogotá, dispusieron para las justas musicales americanas de sus mejores y más honrosos locales; otro tanto se vio en Oslo, París, Bruselas, Viena, Roma, Colonia, etc., en la realización de festivales internacionales.

¿Qué se puede concluir de todo lo anterior? Varias cosas positivas, porque el objeto del presente examen no es otro que el de ver modo de que las cosas sean mejores. En primer término y por un tiempo que debe durar tanto como demore el que podamos planear festivales en un plan de mutuo respeto e igualdad, éstos deben ser *exclusivamente* latinoamericanos. Siendo muy buenos compañeros de los compositores de EE. UU. debemos dejarlos que caminen solos con sus problemas, que sean nuestros invitados, que vengan a nuestras reuniones, pero que no se mezclen en nuestros conciertos. Nuestra tradición grecorromana no se aviene a la estructura empírica, práctica, y en el fondo, indiferente, del mundo americano moldeado por anglosajones.

Luego, que debemos ir, previa tal vez alguna "reunión de expertos", hacia la formación de una entidad latinoamericana que haga de cabeza y funcione en el país que mejores posibilidades presente. El ideal sería una capital latinoamericana. De no ser así, bien podría la OEA continuar en su trabajo, pero entendiendo que su misión es reunirnos y facilitarnos la presentación internacional, y esto en el mejor sitio y con todo el decoro que merecemos, porque si una cosa fundamentalmente buena se desprendió del último Festival de Washington, fue la evidencia de existir en esta América postergada una calidad de creación muy superior a la que se nos había supuesto, a través de festivales improvisados, con obras escogidas dentro de la casualidad. Si la OEA, aparte de sus preocupaciones políticas, de su abundante burocracia, entiende que le corresponde una misión intelectual seria, debe destinar fondos suficientes para el festival bienal proyectado y realizarlo donde corresponde y con meditado plan, sin accidentes económicos, pidiendo colaboración a los países del hemisferio latinoamericano; en una palabra, realizando lo que urge en el presente.

D. S. C.